

HENRY, Michel: *Philosophie et phénoménologie du corps*. P. U. F. Paris, 1965.

Michel Henry, Catedrático de la Facultad de Letras de Montpellier, es un profundo conocedor de la psicología y de la fenomenología. Con todo, es un fenomenólogo heterodoxo, profundamente arraigado en la tradición, y a la vez original.

El libro que comentamos es en cierto modo continuación de "L'essence de la manifestation", a propósito de la ontología biraniana. A juicio del autor, Maine de Biran pretende superar el dualismo cartesiano, desde un replanteamiento superior e integrador. La determinación del cogito de Descartes y de M. de Biran, pues, no se oponen. Mientras Descartes ha estudiado el cogito de la reflexión, la reflexión en tanto que experiencia interna trascendental o el cogito prerreflexivo inmanente a toda reflexión y que constituye su ser mismo, M. de Biran ha tomado el cogito en el "movimiento", en cuanto que experiencia trascendental que posibilita la entidad objetiva (no fáctica) de cada ser, a partir del movimiento subjetivo. Ego, cuerpo, movimiento, medio, no son más que una misma cosa.

El cuerpo, pues, en su realidad material-anímica, no es ni puede ser un mero instrumento, pues lo que llamamos "instrumento" está siempre al servicio de algo. Porque "el pensamiento del movimiento" (pág. 84) no es nunca mero movimiento físico ciego (el movimiento corporal o cuerpo —no se concibe un cuerpo clauso y quieto—, no es un mero trozo muscular sino "pensamiento-corporal"), deducimos que el cuerpo es el sujeto trascendental y fundante. No hay sujeto trascendental descarnalizado: "Lo que sería preciso es dar a la palabra 'trascendental' un significado radicalmente inmanente, para que el conjunto de las condiciones 'a priori' de posibilidad de la experiencia no flote ya en una región indeterminada y en la trascendencia de un cielo casi platónico".

Por tanto, "todo el misterio de las nociones a priori desaparecería ante la experiencia interior, que nos dice que la idea de causa tiene su tipo primitivo y único en el sentimiento del yo, identificado con el del esfuerzo" (pág. 42). La teoría de las categorías no es, pues, en el biranismo, una teoría de la razón o del entendimiento, sino de la existencia. Al esforzarse en la existencia, la deducción biraniana de las categorías hace alusión no a una región indeterminada del ser, sino a una esfera de la existencia absoluta determinada: la de la inmanencia tras-

cidental: "El ego es un poder, el cogito no significa un 'yo pienso', sino un 'yo puedo'" (pág. 75).

Este es el sentido "íntimo", manera de conocer la más perfecta, por ser la única inmediata-mediata en la mediación inmediata del cogito trascendental corpóreo (pág. 23). Sin embargo, no se trata de un idealismo corporal, empirista, sino de un objetivismo trascendental: "la representación no crea jamás su objeto, sino sólo la manera de darse éste" (pág. 153).

La crítica de M. Henry a M. de Biran no se hace esperar: ¿si el biranismo es esencialmente una filosofía del esfuerzo motor, si define al yo a partir de la actividad consciente y voluntaria, cómo comprender la intervención de la doctrina de la tercera vía, a saber, una vía que no es ya una actividad en que el ego experimente su propia autonomía, su potencia personal, sino una pasión en que se abandona a una fuerza extraña? ¿cómo aceptar en una filosofía del 'yo puedo' y de la inmanencia la irrupción de un absoluto trascendente y la disolución de toda realidad personal en semejante absoluto?

Estas interrogaciones, a juicio de M. Henry no resueltas, no creemos que obturen la solución abierta de M. de Biran. Para éste, el "dejar" es un "hacer", el intelecto paciente es agente. Por otro lado, la inmanencia es una trascendencia, y la inmanencia del yo es la trascendencia personal del otro.

Sea como fuere, el libro de M. Henry es exhaustivo y digno de la máxima atención, que en Francia se le ha prestado.

CARLOS DÍAZ